

LÉXICO Y SINTAXIS LATINA: UNA VISIÓN TIPOLOGICO-FUNCIONAL

AGUSTÍN RAMOS GUERREIRA
Universidad de Salamanca

I. INTRODUCCIÓN: UNA TEORÍA ANTIGUA

El primer estudio teórico referido al latín que afecta a la relación entre la sintaxis y el léxico se halla en un texto escrito en torno al año 45 a. C. por el reatino Marco Terencio Varrón. La parte conservada del *De lingua Latina* es, al menos a mi parecer, no sólo la más antigua reflexión sobre la lengua latina, sino una de las más lúcidas y sugestivas de la Antigüedad.

Esta brevísima aproximación teórica a las relaciones entre la sintaxis y el léxico en latín la abordaré glosando la concepción varroniana, no porque ésta haya sido la primera, sino porque fue una reflexión desde el latín y sobre el latín que tiene no pocos puntos de contacto interesantes, pese a los años transcurridos, con la que quiero exponer.

Para Varrón hablar de la lengua latina comporta la necesidad de hablar de tres entidades diferentes dentro de ella. A cada una de esas entidades corresponde dentro de la concepción varroniana un nivel de análisis, o, si se quiere, una disciplina diferente (TAYLOR 1974: 65-66). Dicho de otro modo, en Varrón existe la conciencia de que la lengua presenta niveles de organización y cada uno de ellos no sólo es objeto de descripción, sino que exige una articulación teórica apropiada a él, un modelo explicativo que dé cuenta de su funcionamiento. Hay, por tanto, aunque no sea de una forma absolutamente precisa y sistematizada, la conciencia de un modelo teórico independiente a los hechos de la lengua en sí, una explicación que abarca a los diferentes elementos de la lengua en su conjunto¹.

¹ Esta glosa a Varrón no debe contemplarse como una genialidad surgida de la nada. La originalidad de su planteamiento no supone ni mucho menos la originalidad absoluta, atribución que en nuestro campo sólo se permiten algunos helenistas con una dosis quizá no menor de apasionada ligereza. Las fuentes varronianas son a veces explícitas, a veces intuibles y otras de difícil rastreo. No es éste el lugar para abordar un asunto de bibliografía y controversia abundante. Remito simplemente a DAHLMANN (1964: 48-51 y *passim*). Tan sólo quisiera proponer la obra varroniana, sin más juicios de valor sobre su originalidad (que no hacen al

La costumbre retórica de las *diuisiones* aclaratorias, unida a la estructura física de los *volumina* en la antigüedad romana, empujaron a Varrón a la necesidad de exponer al principio o al fin de las partes de su obra la disposición del material tratado. De esa costumbre varroniana hemos conservado un casi perfecto conocimiento de la organización de la materia pese al estado fragmentario de conservación *del De lingua Latina*². Pues bien, Varrón propone en su libro un análisis en el que se establece la existencia, como decía, de tres actividades diferentes en lo que se refiere a la lengua y esas tres actividades guardan entre sí una relación de contigüidad y continuidad que puede ser contemplada no sólo diacrónica sino sincrónicamente. Los tres niveles a los que me refiero son la *impositio uerborum*, la creación del léxico, la *declinatio uerborum*, la multiplicación del léxico por una vía más o menos sistemática, y la *coniunctio uerborum*, la construcción organizada de los elementos del léxico para establecer relaciones significativas conjuntas.

A esos niveles lingüísticos corresponden unos niveles de análisis que, si bien sólo reciben un nombre propio para el primero, la etimología, en el segundo, sin nombre propio de la disciplina, se nos presenta un trabajo de análisis metodológico de una acusada sistematización y de una gran clarividencia. Del tercero de esos niveles, desgraciadamente, no conservamos nada y tampoco las noticias posteriores son demasiado explícitas al respecto.

La *impositio* es la creación del léxico básico y elemental, de las *primigenia uerba*, la base sobre la que actúa un universal lingüístico, la *declinatio*, con el fin de multiplicar de forma sistemática las unidades léxicas de manera que la lengua sea un instrumento económico, aprendible de un modo rápido y de utilidad inmediata. Quizá llamar «universal lingüístico» a la *declinatio* requiera al menos la calificación de *avant la lettre*, pero no otra cosa se puede decir a propósito de una declaración tan tajante como la que sigue:

*Ling. 8, 3. Declinatio inducta in sermones non solum latinis, sed omnium hominum utili et necessaria de causa: nisi enim ita esset factum, neque di<s>cere tantum numerum uerborum possemus (infinitae enim sunt naturae in quas ea declinantur) neque quae didicissemus, ex his, quae inter se rerum cognatio esset, appareret.*³

caso), como la primera sistematización de la lengua latina entendida como fenómeno conjunto. En alguno de estos aspectos se puede decir sin lugar a dudas que su pretensión fue, *mutatis mutandis*, la de un lingüista con intereses universales y con capacidad de extrapolar los datos a la generalidad partiendo de la reflexión y de los medios a su disposición.

² Se pueden encontrar referencias a la organización interna del *De lingua Latina* en varios lugares, especialmente al principio y final de los libros. Sirvan de indicación las de ámbito más general, que se pueden hallar en 5, 1; 6, 97; 7, 109-110; 8, 1; 10, 1.

³ «La variación morfológica ha sido introducida en la lengua no solo latina sino en la de todos los pueblos por razones de utilidad y necesidad: de no haberse hecho así ni podríamos aprender tan gran numero de palabras (de hecho son infinitas las formas secundarias que resultan de modificar morfológicamente) ni en caso de que las hubiésemos aprendido se podría mostrar a partir de ellas cuál es la relación genética de las cosas entre sí» (la negrita del texto varroniano es, evidentemente, mía).

Una vez que partiendo de un número finito de unidades léxicas hemos llegado a uno infinito mediante la *declinatio*, estamos en condiciones de utilizar para expresarnos una combinatoria de posibilidades sin límite, la *coniunctio*, de la que, en lo que se refiere a Varrón, hemos perdido todo lo que no sea el nombre, el lugar que ocupa en el proceso de expresión lingüística y la noticia de que es a esa parte a la que el tratado dedicaba un mayor número de páginas⁴.

Es decir, sabemos bastante de lo que Varrón opina de la etimología, lo que constituye la esencia de sus estudios sobre el léxico (aunque inferido sólo de su parte práctica); conocemos casi todo lo que afecta a la morfología, porque conservamos la parte teórica; pero sabemos muy poco de lo que se refiere a la sintaxis.

En lo que hemos conservado hay, sin embargo, elementos de muy alto interés y el primero sobre el que quiero llamar la atención es su consideración de la *declinatio* y el lugar que ocupa en su análisis:

— El medio por el que una lengua multiplica de forma asequible las posibilidades expresivas de su léxico es, a juicio de Varrón, la *declinatio*. Es más, las posibilidades del sistema no son opcionales, son necesarias, como hemos visto, a toda lengua.

— Ese sistema necesario a toda lengua se articula, según el reatino, de dos formas y esas dos formas son las responsables de que, en virtud de la metodología que se emplee, la lengua pueda ser considerada sistemática o asistemática y ser teóricamente explicada de una manera o de otra. Dicho en términos de Varrón, la lengua puede ser vista como análoga o anómala, como regular o irregular. Las dos formas de manifestación de la propiedad lingüística a las que se debe esa diferencia de opiniones son la *declinatio naturalis* y la *declinatio uoluntaria*.

Ling. 8, 22. Declinationum genera sunt duo, uoluntarium et naturale; uoluntarium est, quo ut cuiusque tulit uoluntas declinauit. Sic tres cum emerunt Ephesi singulos seruos, nonnunquam alius declinat nomen ab eo qui uendit, Artemidorus, atque Artemam appellat, alius a regione quod ibi emit, ab Ion<i>a Iona, alius quod Ephesi, Ephesium, sic alius ab alia aliqua re, ut uisum est.

⁴ La traída y llevada ausencia de la sintaxis en la tradición latina hasta Prisciano es una de esas viejas opiniones necesitadas de matización, cuando no de profunda revisión, y que depende en una medida no intranscendente del estatuto que se dé a la sintaxis como tal. Por un lado, en estas páginas se apuntará una forma de verlo que modificaría sustancialmente la visión. Por otro, sin basarse en la importancia de nuevas visiones teóricas, las concienzudas páginas de BARATIN (1989: 221-256, para lo que se refiere a Varrón, y *passim*) son un buen ejemplo de lo que digo y un esfuerzo magnífico, convertido ya en obra señera, por analizar en detalle el problema.

Contra naturalem declinationem dico, quae non a singulorum oritur uoluntate, sed a com<m>uni consensu. Itaque omnes impositis nominibus eorum item declinant casus atque eodem modo dicunt huius Artemidori et huius Ionis et huius Ephesi, sic in casibus aliis.⁵

Como muy bien ha mostrado TAYLOR (1974: 21-26), lo que me excusa de mayores razonamientos, a una y otra corresponden con un bastante alto grado de exactitud lo que hoy se llama morfología derivacional y morfología flexional.

De toda esta rapidísima mención varroniana quiero extraer algunas conclusiones someras:

1. Para un latino de hace más de dos mil años, su lengua estaba definida por tres niveles de actividad expresados por nombres de acción (*impositio*, *declinatio* y *coniunctio*), a los que correspondían tres modelos de análisis.
2. La diferente organización de las tres actividades parece que supone una estratificación que va de entidades simples e independientes (léxico), a entidades complejas que ponen en relación las entidades simples (sintaxis). En la relación de una con la otra, el nivel intermedio (morfología) sirve para multiplicar las entidades del primer nivel de una forma sistemática y económica y disponerlo para el empleo por parte del tercer nivel.
3. Dentro de ese nivel mediador hay más de un modelo de comportamiento y uno es más sistemático y «natural» que el otro, más asistemático y dependiente de la «voluntad» del individuo. El aprendizaje del primero es fácil y su aplicación es casi automática. El del segundo está sometido a un sistema que lo acerca más a la estructura y a la actividad del primer nivel, al de la creación del léxico. Esto ha hecho que en alguna ocasión se defienda la equiparación de *impositio* con *declinatio voluntaria* o, al menos, que no se perciba con claridad su distinción (TAYLOR: 29, por ejemplo). Es un hecho que Varrón no la aclara, pero da las pistas suficientes para entreverla, aunque este no sea el lugar para explicarlo.

⁵ «Las clases de variación morfológica son dos, voluntaria y natural; voluntaria es aquella forma a la que se llega según decide el deseo de cada cual. Así, cuando tres personas han comprado en Éfeso un esclavo cada uno, a veces uno le da nombre derivándolo a partir del que se lo vendió, Artemidoro, y lo llama Artema, otro a partir del sitio, dado que lo compró allí, de Jonia Jona, otro, como lo hizo en Efeso, Efesio, y así otro a partir de alguna otra cosa según su gusto. Por el contrario llamo variación morfológica natural a la que no surge del deseo de cada uno, sino de un consenso común. Y así, una vez creados los nombres, todos derivan igualmente sus casos y dicen de la misma forma el genitivo *Artemidori*, *Ionis*, *Ephesi*, y así en los demás casos».

II. EL LÉXICO Y LA SINTAXIS. UNA TEORÍA MODERNA

Voy a dar ahora un salto de más de 2000 años en el tiempo para acercarme a la cuestión que aquí se trata. Espero que se observe en este acercamiento que no es banal la presentación del modelo varroniano y quisiera también que en alguna medida sirviera de introducción al problema. Desde luego, a diferencia de mi caso, una introducción hecha por un hablante de la lengua que nos ocupa... y no un hablante cualquiera.

Al igual que Varrón, voy a utilizar un modelo explicativo de la lengua. Mi objetivo es tratar de presentar en un ámbito de lexicógrafos:

- a) la posición de la sintaxis con respecto al léxico,
- b) el papel que la sintaxis tiene en el estudio del léxico y el que éste tiene en la sintaxis y, por último,
- c) cómo en el caso concreto de la lengua latina la incidencia de algunas partes del modelo es de mayor calado que en otras lenguas.

También como Varrón, voy a intentar ofrecer un modelo lingüístico que pretende trascender el ámbito latino (evidentemente no en los mismos términos que él). Dicho modelo está montado a partir de algunas de las lecturas que se recogen en la bibliografía y se basa en presupuestos lingüísticos de corte teórico tipológico-funcional.

En los últimos años se han escrito algunos nuevos manuales de sintaxis, entre ellos los de Pinkster, Touratier o la serie aún incompleta dirigida por Serbat. El modelo que aquí se expone no corresponde a ninguno de ellos, pero está claramente mucho más próximo al primero que a los de los manuales franceses.

En principio, desde la perspectiva que acabo de mencionar, la lengua se entiende como una actividad que tiene que ver por un lado con el conocimiento y la representación del mundo y por otro lado con la comunicación. Vista así, con una decidida consideración no sólo funcional, sino claramente biológica, representa al fin y al cabo una habilidad más de la especie humana, surgida como fruto de la adaptación al medio y a las necesidades que suscita. Es decir, una posición teórica de esta índole considera la lengua como una actividad propia de nuestra raza diferente a otras, pero no de naturaleza distinta e independiente a los demás resultados de nuestro desarrollo cerebral.

Ateniéndose a un modelo que concibe la lengua en su punto de partida con fines funcionales, no como un sistema, la idea de sistema es un resultado de su funcionalidad, no el punto de partida esencial y necesario de su configuración. Así pues, la lengua no es un *sistema* de signos, sino una actividad biológica que, como tantas otras, *se sistematiza* en aras de su funcionalidad.

Como éste no es el lugar para exponer los detalles y fases de desarrollo de tal modelo de explicación, me remitiré con un breve resumen a GIVÓN (1995: 395-405) para que nos conduzca a la cuestión que tratamos.

En su concepción, aquí asumida, la lengua se articula en dos componentes elementales:

1/ el que se refiere al sistema de representación cognitiva

2/ el que se refiere al sistema de codificación.

El primero presenta a su vez tres subcomponentes

a/: el léxico

b/: la información proposicional

c/: el discurso multiproposicional

Vamos a tratar a continuación de representar en términos de la lengua latina los datos esenciales a los que se refiere cada uno de estos componentes haciendo hincapié inicialmente en el hecho de que los correspondientes a 1/ tienen que ver con procesos de conocimiento y los que se refieren a 2/ con las formas lingüísticas concretas de representación de dichos hechos. Esta indicación sale al paso de una confusión posible en la forma de entender los datos de 1/, en los que nada tiene que ver la forma lingüística concreta, aunque ésta sea necesaria para su exposición.

1/ Un breve ejemplo nos permitirá distinguir con cierta claridad los tres subcomponentes a grandes rasgos:

a) En el primer nivel, el correspondiente al léxico conceptual, el ejemplo puede arrancar ofreciendo una lista de lemas cuyos valores significativos pueden ser definidos con mayor o menor facilidad:

Arma / uir / cano / Troia / primus / ora / Italia / fatum / profugus / Lauinius / litus / etc.

Desde el punto de vista cognitivo el léxico constituye un conocimiento del mundo con un alto nivel de estabilidad en el tiempo, compartido por los miembros de una misma base cultural y lo suficientemente codificado como para que exista una bastante sólida relación entre lo que se entiende por un término y la etiqueta con la que se denomina.

Incluso cualquier latinista hoy (que en sentido estricto nunca sería un hablante de latín) sería capaz sin gran dificultad de establecer una aproximación aceptable a los valores conceptuales de conceptos como los vistos más arriba.

El valor de conocimiento que nos proporciona esa lista, sin embargo, nos da información únicamente sobre contenidos conceptuales, de manera que sobre tales contenidos sólo podríamos hacer preguntas como:

-*Quid 'arma'?*

-*Vtrum uir marem an feminam significat?*

-*Estne 'cano' idem ac 'cantito'?*

-*Cuius Troia nomen est?*

-Etc.

b) Al componente siguiente, el correspondiente a la semántica proposicional, corresponden los contenidos conceptuales de las oraciones, es decir, aquellos significados que se forman a base de combinar en oraciones simples conceptos o palabras del léxico. Tales oraciones aportan información sobre relaciones que establecen los conceptos individuales entre sí: acontecimientos, estados, participantes en ellos, atribuciones de propiedad entre conceptos, etc. Estas combinaciones pueden pertenecer al mundo interno del hablante, al externo, al espacio cultural o a una mezcla de todos ellos.

Prosigamos con el ejemplo y analicemos algunas proposiciones que relacionan los conceptos vistos anteriormente:

- Arma uirumque cano*
- Troiae ab oris (quidam homo) primus Italiam Lauiniaque litora uenit*
- Vir fato profugus (est)*
- Multum ille et terris iactatus et alto*
- Saeuae Iunonis ira memor (est)*
- Ille condidit urbem*
- Ille intulit deos Latio*

Tomadas de forma aislada (es un esfuerzo que solicito del lector en este momento) dichas oraciones nos podrían proporcionar información sobre algunas cuestiones nuevas, fruto de la relación entre conceptos:

- *Quid cano?*
- *Quo uenit uir?*
- *Cur uir profugus est?*
- *Quomodo ille iactatus est?*
- *Cui ira memor est?*
- Etc.

c) El último componente de los mencionados arriba, el multiproposicional, es el que constituye mayoritariamente la manifestación de la habilidad lingüística. Es el único que contiene una coherencia entre los diferentes componentes sobre los que progresivamente se asienta y es el único que permite obtener información relacionada que va más allá de las estructuras oracionales simples. Gracias a él, de un texto como este (VERG. *Aen.* 1, 1-6):

*Arma uirumque cano, Troiae qui primus ab oris
Italiam fato profugus Lauiniaque uenit
litora, multum ille et terris iactatus et alto
ui superum, saeuae memorem Iunonis ob iram,
multa quoque et bello passus, dum conderet Urbem
inferretque deos Latio; ...*

la información que se puede aportar trasciende a las oraciones. Ya podemos preguntar y saber que el *uir* al que Virgilio canta es el mismo que ha sido zarandeado por tierra y mar, que esto le sucedía mientras intentaba fundar la ciudad y llevar sus dioses al Lacio, etc. La coherencia multiproposicional nos permitiría preguntar ahora cosas como:

- Quid uir fato profugus petebat?*
- Quo uenit ut urbem conderet?*
- Vnde uenit qui multa ob iram Iunonis passus est?*
- Etc.

Cualquiera de estas informaciones sería imposible desde la información aislada de cada una de las oraciones anteriores, no digamos desde los conceptos básicos que las componen. Esto muestra que en la gran mayoría de sus aplicaciones la información que transmite el lenguaje es multiproposicional, circunstancia que con más frecuencia de la debida olvidamos lexicógrafos y sintactólogos. No es que no se tenga en cuenta esta circunstancia, sino que no se tiene de una manera consciente o de un modo metodológicamente organizado. Y a la hora de repartir errores no se podría decir a primera vista a quién pertenece la mayor frecuencia, porque tanto lexicógrafos como especialistas de sintaxis están por lo general más pendientes de contextos inmediatos que de los proporcionados por una consideración del lenguaje como la que acabo de mencionar. En este ámbito debemos aprender mucho de la forma de leer los textos de la gente que se dedica a la Literatura, no tan ceñida a contextos estrictos y, por tanto, menos proclive a errores derivados de análisis demasiado «ajustados» a los ejemplos breves.

2/ Vamos a pasar ahora al otro componente funcional básico de la lengua, el que se refiere, como hemos visto arriba, a la codificación, que tiene que ver esencialmente con la otra función básica, la de comunicar significados.

Es opinión común de los psicolingüistas que la gramática es el mecanismo más modernamente adquirido en el proceso de evolución de la habilidad lingüística, cosa que se pone de manifiesto no sólo a partir de una inferencia deductiva; también permite inducirlo la observación del aprendizaje infantil o de una segunda lengua natural. Si se parte de posiciones como la presente, se deberá aceptar que, dado que las lenguas son las manifestaciones particulares de una habilidad biológica, determinadas en sus diferencias por los entornos socioculturales, en alguna medida han de tener elementos comunes ajenos a dicha influencia y relacionados con el valor funcional cognitivo-comunicativo correspondiente a la especie humana como tal (HEINE 1997: 2-7). Pues bien, la tipología ha puesto de manifiesto que las lenguas codifican sus significados sobre la base de un sistema que puede explicarse desde el punto un vista teórico como un continuo que se articula en torno a tres medios de expresión básicos: el léxico, la morfología y la sintaxis (BYBEE 1985: 11-13).

Naturalmente, la concepción de estos mecanismos de expresión se basa a su vez en su relación con una unidad lingüística cuya existencia suele ser más fácilmente detectable que definible su entidad. Me refiero a la palabra, cuya entidad aparentemente evidente para los hablantes presenta para los teóricos alguna dificultad de determinación, como se verá⁶.

Pues bien, como decía, parafraseando aquí a Bybee, los tres medios básicos de expresión usados en las lenguas para transmitir significados se caracterizarían de la forma siguiente:

1/ Expresión léxica: es la forma de expresión en la que dos o más elementos semánticos pueden ser expresados en una sola unidad morfofonémica, es decir, en una sola palabra. Si nosotros tomamos alguna de las palabras que Varrón da como primigenias: *lego, scribo, sto, sedeo* (VARR. *ling.* 6, 37), observaremos que en ellas se aglutinan valores significativos que en otros casos se muestran en la lengua de forma independiente. No es preciso recordar aquí los intentos de las teorías de la semántica interpretativa o de la semántica generativa por separar los elementos significativos de las unidades léxicas (DIK 1978: 5-22). Esto bien podrían mostrarlo las definiciones normales que se aportan usualmente en los diccionarios monolingües o, para el caso que nos ocupa, en los escasos diccionarios monolingües que para el latín podemos consultar. El *ThLL*, más técnico, suele ofrecer equivalencias más que definiciones, pero algún léxico más antiguo nos dice cosas a propósito de *lego*, por ejemplo, como las siguientes de los léxicos de Forcellini o Estienne:

Lego proprie est colligo.

Lego saepe ad nauigationem pertinet, nam legere uela est contrahere et in uolumen colligere.

Lego saepe est oculis scripta percurrere, quasi uerba colligendo.

Etc.

Prescindiendo de los valores gramaticales otorgados por la desinencia verbal, es decir, además de los que aportan las categorías verbales (que ya son bastantes), detrás de un significado como *sedeo*, están al menos el significado de «posición» en términos gramaticales (con ello me refiero entre otras cosas al estatismo (PINKSTER 1995: 20-25) y la falta de transitividad) y el de una forma concreta de posición (ahora ya en sentido físico) que consiste en estar apoyado sobre las caderas en alguna superficie. Como se ve,

⁶ Sobre la dificultad de definición de la palabra y los niveles que se pueden poner en relación al tratar de ella, la bibliografía es inmensa. Remito simplemente a algunas lecturas de orientación diferente que se han usado para este trabajo y en las que puede encontrarse información bibliográfica adicional: MATTHEWS (1974: 20-35 Y 154-173; 1981: 50-68), DRESSLER (1989: 4-7 Y 99-116) Y WURZEL (1989: 26-51).

uno de ellos también está en *sto*, el otro no. Todo este conglomerado de valores significativos se expresan en el léxico mediante una sola palabra.

2/ Expresión morfológica: cada elemento semántico está expresado en una unidad individual discernible de las otras, pero todas las unidades están encerradas en el ámbito de una palabra. Así, para expresar el concepto de 'rápido' unido al de un grado superior a la media en la manifestación de dicho concepto, podemos hallar unidades como *celerior*, en la que es posible distinguir ambos conceptos pese a que el sistema de expresión guarda una determinada unidad en el marco de la palabra.

3/ Expresión sintáctica: a la expresión sintáctica corresponde, por último, la posibilidad de expresar la unión de conceptos relacionándolos de forma que a cada concepto corresponde una palabra diferente, a la manera en la que antes se definía la palabra *lego* en un diccionario como el de Forcellini o, para usar el ejemplo anterior en un par opuesto, la forma perifrástica del comparativo *magis celer*. Los diferentes elementos significativos están expresados por unidades diferentes, por palabras separadas.

Un gráfico tan simple como un segmento continuo, que pone en contacto los diversos modos de expresión sobre la base de algunas de las características que los identifican, es (F-1):

(F-1)

EXPRESIÓN LÉXICA	MORFOLOGÍA	SINTAXIS
Fusión semántica		Separación
Acumulación		Procesamiento
Unidades ilimitadas		Unidades limitadas
Semántica específica		Semántica genérica

(según BYBEE 1985 / DRESSLER 1987 / GIVÓN 1984)

Dicho gráfico nos ilustra sobre algunas cosas:

— Los modos de expresión abarcan un continuo que va desde un máximo de fusión de los valores significativos relacionados hasta un máximo de separación.

— Los elementos que están más a la izquierda (tal como el gráfico se ha dispuesto), en la medida en que no ofrecen transparencia en la identificación de los elementos significativos que componen el complejo de significados relacionados, son procesados mentalmente según un sistema básicamente acumulativo cuya complejidad organizativa no va a ser tratada aquí, pero que ya ha merecido múltiples trabajos, sobre todo desde perspectivas cognitivistas (AITCHISON 1987: 72-85 y *passim*; LYONS 95: 96-101). Los que están a la derecha, en cuanto que los componentes significativos que se relacio-

nan son fácilmente discernibles, se procesan cognitivamente no sobre bases acumulativas sino sobre bases relacionales. Ahora bien, el paso de un extremo a otro atraviesa un continuo muy diverso de posibilidades entre uno y otro sistema, algunas de las cuales son utilizadas en mayor o menor medida en función de los mecanismos que cada lengua haya desarrollado más.

— La relación entre los tres sistemas básicos de expresión no es igualitaria ni aleatoria, sino que uno de ellos está justamente entre los otros dos. (No puedo dejar de recordar en este momento al Varrón traído a colación al principio de este texto, que colocaba a la morfología como el medio del que se valía el léxico para multiplicar sus posibilidades significativas y poder así establecer significados complejos junto a otras unidades mediante la sintaxis.)

— Estos tipos de expresión no constituyen categorías discretas, de manera que aquello que hemos denominado léxico sea sólo léxico y lo sea todo en igual medida y aquello que es morfológico o sintáctico funcione también así. Si nos detenemos en el esfuerzo de observar más instancias formales intermedias entre los modelos básicos presentados aquí, en latín o en castellano hallaremos otros sistemas de establecer diferencias entre el grado de mayor o menor fusión de los elementos significativos sobre la base de la palabra. En ese caso el gráfico se especificaría más:

(F-2)

Expresión léxica	Composición	Derivación	Flexión	Formas gramaticales libres	Sintaxis

(según Bybee 1985 / Dressler 1987)

— Si esa línea es el paso de un sistema a otro de expresión de contenidos, también esa línea es el paso de un sistema a otro de tipos de contenido, de forma que a medida que avanzamos hacia la derecha, las entidades que se colocan en ese lado siguen significando, pero los significados son de corte más abstracto y relacional. A nadie se le oculta que es más concreto el significado de *consul* que el del morfema de plural y a su vez éste más concreto que el de la conjunción *ut*. Hasta el punto de que donde hay pura sintaxis es eso, la simple *co-locación*, lo que significa.

En principio, todo aquello que una lengua es capaz de expresar de un modo léxico, es capaz de hacerlo de una forma gramatical, es decir, usando la sintaxis para relacionar los contenidos aglutinados en una unidad léxica mediante unidades léxicas que los describan. Sin embargo, no todos los contenidos que se pueden expresar mediante la expresión gramatical son susceptibles de expresarse de modo léxico, porque no todas las entidades que produce una

cultura nacen con nombre (el nombre es normalmente posterior a la existencia física o mental) ni todas las relaciones entre nombres tienen nombre a su vez. El análisis de las lenguas del mundo permite predecir en ocasiones qué entidades relacionadas pueden presentar forma léxica o morfológica o cuáles no, atendiendo a lo que Bybee llama «relevancia» y «generalidad»:

Un elemento significativo es relevante con respecto a otro si el contenido semántico del primero afecta o modifica el contenido semántico del segundo. Por otro lado, cuanto más general, es decir, menos concreto y específico, sea un contenido semántico, más posibilidades tiene de afectar a otros contenidos. Si dos elementos son altamente relevantes, se puede predecir que tendrán un modo de expresión léxico o morfológico, si son irrelevantes, lo tendrán sintáctico. Esto no determina qué unidades deben ser léxicas o sintácticas, sino sólo cuáles pueden serlo.

Veamos un ejemplo. Si el movimiento y la dirección del movimiento son dos significados profundamente relevantes el uno para el otro, no cabe la menor duda de que, según dicho principio, pueden aparecer en la parte de la izquierda además de en la derecha. Pero los mecanismos no son los mismos para todas las lenguas, aunque algunas predicciones sean posibles. Así, si el castellano utiliza el léxico más fusionado y menos transparente para oponer 'ir', 'volver', 'entrar', 'salir', 'atravesar', 'acercarse', etc., cuya composición de significados no es desde luego evidente a primera vista a partir de los datos de la expresión, en el latín podemos hallar un grado menor de fusión en el nivel léxico por vía de preverbios del tipo 'eo', 'redeo', 'ineo', 'exeo', 'transeo', 'adeo', etc. donde la transparencia de la composición de los significados del movimiento y dirección no tiene nada que ver con la opacidad de los datos del castellano, al menos para un hablante no etimologista.

III. LAS FORMAS DE ESTA RELACIÓN

Visto así parecería que esa relación léxico-sintaxis permite identificar a la perfección qué pertenece al léxico y qué a la sintaxis, pero las cosas no son tan simples o, si se quiere, son mucho más ricas en sus posibilidades y, por tanto, más indeterminadas en su entidad. Las tendencias más formalistas de la lingüística, lo que equivale a decir las líneas más habituales de la lingüística hasta hace una veintena de años y en algunos ámbitos hasta hoy, han propugnado siempre una separación radical entre lo que es léxico y lo que es «gramática», hasta el punto de dedicarle esfuerzos separados y esfuerzos por separar nítidamente qué elementos pertenecen a una y a otra parte.

Por el contrario, la concepción mantenida aquí entiende los medios de expresión como diferentes, pero contiguos, comunicados y gradualmente diferenciados. De acuerdo con tal concepción, las relaciones entre la sintaxis y el léxico se pueden articular en dos niveles:

1) Por un lado, los elementos que se hallan en la parte izquierda de la línea son a su vez el fundamento de los que se hallan en la parte derecha, o,

dicho de otro modo, los elementos gramaticales multiplican las capacidades de los léxicos cuando los ponen en conexión.

Si *arma*, *uir* o *cano* son considerados elementos del léxico, es decir, conceptos estables creados por la lengua de una cultura, la sintaxis puede formar con ellos contenidos diferentes, variados y creativos, como esos que Virgilio nos ha regalado. Pero también si algo como *eo* está a la izquierda del gráfico, *exeo* no está en el mismo punto que él. Cualquiera de las consideraciones habituales del léxico es consciente del preverbio y sus valores, pero no se suele decir, como se propone aquí, que los dos no gozan de la misma carta de naturaleza de *item* léxico. En esta visión *eo* es más prototípicamente léxico en cuanto medio de expresión que *exeo*, que estaría ya en más en el terreno de la composición que en (F-2) se apuntaba.

En este diseño de la relación léxico-sintaxis hemos tratado de establecer desde el principio que el espacio por el que se relacionan está ocupado (recuérdese a Varrón) por los modelos de expresión morfológicos. Pues bien, la lengua latina está particularmente morfológizada, de manera que si es casi imposible hablar de sintaxis sin morfología, tampoco es muy fácil hacerlo del léxico o, aunque sea más fácil, no debería olvidarse.

Si se parte de los elementos del léxico y se reconoce (porque es la base y el objeto de toda la investigación léxica) que los conceptos expresados por él aglutinan valores relacionados, no es descabellado pensar, como ya propusiera Tesnière (y han secundado no sólo todas las tendencias funcionalistas, sino incluso los últimos derroteros de la gramática generativa), que el contenido de una entidad léxica determina, por su propia naturaleza y significado, algunas de las características relacionales que ella necesariamente ha de imponer, ya sea por la vía de la presencia obligatoria, ya por la de la restricción. Así, si se analiza el significado de *amo*, una forma natural de hacerlo es aducir una equivalencia de otra lengua; pero no se olvide que eso no analiza el significado, lo traduce, porque para explicarlo nos veremos obligados a decir que si se predica de una persona, sin otro tipo de relación, significa algo como «estar enamorado», pero si se predica de la relación entre una persona y otra se hablará de «amar», «querer» o algo similar. Y eso viene determinado no sólo por los valores del léxico, sino también por la sintaxis. Y no se piense que eso sucede sólo en el verbo, porque el contenido claramente relacional de palabras como *pars*, *pater*, *latus*, etc. por unas razones, o *imitatio*, *actor*, *usus*, etc. por otras, exige la presencia de un complemento explícito o implícito para que pueda ser usado en un discurso con información proposicional o multiproposicional (siempre que, naturalmente, no se empleen de forma metalingüística).

Si se puede afirmar sin temor a equivocarse que los conceptos semánticos básicos de toda lengua tienen expresión léxica o, al menos, morfológica, no cabe la menor duda de que, en la medida en que ese nivel intermedio relacional (la morfología) esté muy desarrollado, el sintáctico lo estará menos. Piénsese sin más en las relaciones de los sintagmas nominales den-

tro de la oración en un sistema flexivo como el latín o el griego o en uno no flexivo como las lenguas romances⁷ para observar hasta dónde un sistema morfológico sirve para cosas similares a uno sintáctico y cómo uno se emplea más cuando el otro menos.

Pues bien, un sistema tan fuertemente morfológico como el latino, encubre en lo que habitualmente llamamos léxico muchas indicaciones relacionales morfológicas que sirven para determinar por un lado valores léxicos y por otro sistemas de construcción. Tomemos el caso de los verbos en *-eo*. Cuando alguien está abordando un estudio de léxico suele plantearse los valores de los verbos sobre bases semasiológicas, onomasiológicas o, simplemente, sobre un marco textual concreto, pero no suele prestar demasiada atención a hechos como los que las claves morfológicas del léxico latino aportan. En principio se suele aceptar que la primera división funcional en el sistema de la flexión verbal ie. consistió en la separación de verbos estativos y eventivos (Sihler 1995: 445), o estáticos y dinámicos, o como se los quiera denominar. Pero lo cierto es que en la segunda conjugación hallamos verbos cuya formación está basada en los sufijos **-eH₁-* y **-ey^e/_o-* con valores estativos, tipo *habeo*, *sedeo*, y verbos con el grado *-o* en el último sufijo con valor causativo, tipo *moneo*, *doceo* (SIHLER 1995: 530-532). Las características semánticas de estos verbos están desde su origen en su configuración morfológica que, pese a estar desdibujada por la evolución histórica en unos casos más que en otros, sigue siendo elocuente en algunos. Y, desde el otro lado, tampoco es ajeno a ello, como se puede imaginar, el hecho de que tales verbos presenten patrones intransitivos, como *sedeo*, de una transitividad muy incompleta, que afecta sólo al patrón acusativo del régimen, como *habeo*, o cuya agentividad es muy baja y sus valores pasivos no pertenecen a un canon muy regular, como *video*. A su lado los causativos, y por el hecho de serlo, se nos presentan con construcciones de doble acusativo, como *doceo* o *moneo*. Una mirada no demasiado profunda sobre los verbos en *-eo* en latín, valiéndose de medios como el índice de Busa (1988) o la posibilidad de acceder por Internet al índice inverso del diccionario de Lewis-Short, arroja datos curiosos. Sin ánimo de ser en este momento demasiado precisos se puede decir que de los aproximadamente 650 verbos de esta clase no llega a 200 el número de verbos simples, acercándose a 500 los compuestos. Eso puede dar a entender que los valores locales, fuertemente relacionados con el estatismo o dinamismo a que nos hemos referido anteriormente, admiten por la vía de la preverbación una posibilidad de modificar léxicamente las cualidades iniciales que relacionamente manifiesta el sufijo (LEHMANN 1983). Dicho de otra forma, las posibilidades sintácticas que ofrece la preposición son incorporadas al léxico por la vía de la

⁷ El sistema de marca de caso ha quedado en las lenguas romances habitualmente encomendado a la preposición, si bien en alguna, como en rumano, pueden servir también como marca el artículo definido, el artículo posesivo y el anafórico (MANOLIU-MANEA 1990).

composición y alteran a la vez los valores sintácticos de los sufijos que previamente marcaban a la clase verbal.

Llegados a este punto, si uno tira de morfología histórica y de Lingüística indoeuropea no son demasiadas las palabras del vocabulario básico latino (UNTERMANN 1992) ateniéndose a su forma exenta de aditamentos morfológicos (en la medida de lo posible en una lengua en la que la flexión obliga a la pertenencia a clase morfológica). Pero ahora viene la parte más importante en lo que se refiere a esta cuestión. Ninguno de los que estudiamos el léxico latino somos hablantes de latín y sólo otros estudios comparativos con otras lenguas nos pueden permitir aproximarnos a afirmaciones relacionadas con el nivel de transparencia morfotáctica que algunos de los sufijos derivacionales tenían para los latinos. No podemos afirmar que no intuían valores significativos en los verbos en *-eo*, pero no lo podemos negar. Y creo que a nadie le parecerá extraño suponer que para un romano era bastante evidente la diferencia en el significado que mostraban muchos compuestos con preverbo del tipo de los que antes hemos aducido como ejemplo.

2) Hay una segunda vía de relación entre los medios de expresión de la parte izquierda del sencillo pero enjundioso gráfico de nuestro asunto y la parte de la derecha. Y esa relación tiene que ver con la evolución histórica de las lenguas.

Han pasado ya más de ochenta años desde que Meillet hablase de «gramaticalización» para expresar la adquisición de valores gramaticales o relacionales de un elemento independiente del léxico y casi treinta desde que Givón enunciara aquel principio, ya clásico en algunos ámbitos, de que la sintaxis de hoy es la morfología del mañana (HOPPER & TRAUGOTT 1993: 18-30); en nuestro terreno, sin embargo, sigue sin nombrarse de manera habitual el estudio de un fenómeno de lingüística histórica que ya ha dado excelentes frutos teóricos y prácticos.

Pues bien, hay otro camino que permite la relación entre los dos extremos de la línea, en esta ocasión a lo largo del tiempo y (salvo extraños casos explicables dentro del propio sistema) generalmente en una dirección (LEHMANN 1995: 11-24). Esa relación es la que hace que algunos *items* léxicos, cuando aparecen (debido a la expresión sintáctica y a las situaciones pragmáticas) en determinadas posiciones, pueden ir adquiriendo progresivamente valores relacionales hasta el punto de convertirse en marcadores de relaciones sintácticas ellos mismos y de ahí pasar a ser morfología flexiva, a veces derivativa, e incluso llegar a desaparecer como tales en unidades léxicas que ya los han absorbido. Este fenómeno, que presenta multitud de manifestaciones, es el medio fundamental por el que las lenguas han construido sus morfologías (BYBEE, PERKINS & PAGLIUCA 1994), es decir, por el que las lenguas han fundido en formas perifrásticas cohesionadas o en formas univerbales los contenidos básicos que constituyen las categorías nominales y verbales de las lenguas del mundo. Dicho de otro modo, es la forma más común de evolución de la gramática. Si alguien estudia el sistema verbal desde el indoeuropeo a

las lenguas romances no necesitará más de un rato para darse cuenta. Lo difícil es explicar de forma plausible por qué el fenómeno ocurre y en qué condiciones se favorece su desarrollo.

IV. CONCLUSIÓN

La conclusión a una interpretación de este tipo se puede exponer de forma breve. Léxico puro y sintaxis pura están en los extremos de los medios de expresión de las lenguas, porque tienen funciones diferentes y comportamientos diferentes. Pero esa aparente distancia está perfecta y gradualmente comunicada, de manera que no parece oportuno abogar por una separación entre ellas, mucho tiempo defendida, que las propias lenguas desmienten a cada paso. Un especialista en léxico no debe olvidar que no puede ajustar los datos sin la ayuda de lo que la lengua, básicamente multiproposicional, ofrece. Y un estudioso de la sintaxis debe hacer lo propio con los datos que proporciona el léxico. Ahora bien, si la lengua que estudian es el latín, fuertemente morfologizada y además lengua de corpus, sin hablantes nativos, se hace prácticamente imposible hacer una y otra cosa sin acercarse a la morfología (sea derivativa o flexiva), a su funcionamiento y a la enorme cantidad de información que aporta.

La morfología, que Varrón imaginaba como universal lingüístico cuando miraba al latín y extrapolaba sus datos apoyado en los conocimientos (no insignificantes) que de otras lenguas poseía, es no tanto el escalón que permite relacionar léxico con sintaxis como el sistema que se halla entre los otros dos y cuyos recursos tienen contactos con uno y otro. Si las fronteras son realmente difusas, como parece, no es posible en latín hacer sintaxis sin morfología, pero tampoco lo es hacer léxico. En último caso, desde uno y otro de los extremos parece conveniente asomarse al lado de enfrente, sobre todo si no hay líneas en el mapa que delimiten claramente los países.

REFERENCIAS

- AA.VV., 1900-: *Thesaurus Linguae Latinae*. Leipzig, Teubner.
- J. AITCHISON, 1987: *Words in the Mind. An Introduction to the Mental Lexicon*. Oxford / Cambridge (Mass.), Blackwell.
- M. BARATIN, '1989: *La naissance de la syntaxe à Rome*. Paris, Les éditions de minuit.
- R. BUSA, 1988: *Totius Latinitatis Lemmata*. Milano, Istituto lombardo. Accademia di scienze e lettere.
- J. BYBEE, 1985: *Morphology: A Study of the Relation between Meaning and Form*. Amsterdam, John Benjamins.
- J. BYBEE, R. PERKINS, W. PAGLIUCA, 1994: *The Evolution of Grammar. Tense, Aspect and Modality in the Languages of the World*. Chicago / London, The University of Chicago Press.

- H. DAHLMANN, 1964²: *Varro und die hellenistische Sprachtheorie*. Berlin / Zürich, Weidmann.
- S. C. DIK, 1978: *Stepwise lexical Decomposition*. Lisse, The Peter de Ridder Press.
- W. U. DRESSLER, 1987: «Introduction» y «Word formation as part of natural morphology», *Leitmotifs in natural morphology* (eds. W. U. DRESSLER *et alii*), Amsterdam, John Benjamins, pp. 1-22; 99-126.
- R. ETIENNE, 1741: *Thesaurus Linguae Latinae*. Basileae, Typis et Impensis E. & J. R. Thurnisiorum Fratrum.
- E. FORCELLINI, 1858-1879: *Totius Latinitatis Lexicon*. Prati, Typis Aldinianis.
- T. GIVÓN, 1984-1990: *Syntax. A functional-typological introduction* (2 vols.), Amsterdam, John Benjamins.
- T. GIVÓN, 1995: *Functionalism and Grammar*. Amsterdam, John Benjamins.
- B. HEINE, 1997: *Cognitive Foundations of Grammar*. New York / Oxford, Oxford University Press.
- P. J. HOPPER - E. C. TRAUGOTT, 1993: *Grammaticalization*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Ch. LEHMANN, 1983: «Latin Preverbs and Cases», *Latin Linguistics and Linguistic Theory. Proceedings of the 1st International Colloquium on Latin Linguistics. Amsterdam, April 1981* (ed. H. PINKSTER), Amsterdam, John Benjamins.
- Ch. LEHMANN, 1995: *Thoughts on Grammaticalization*. Lincom Europa, München / Newcastle.
- J. LYONS, 1995: *Linguistic Semantics. An introduction*. Cambridge, Cambridge University Press.
- M. MANOLIU-MANEA, 1990: «Case markers and pragmatic strategies: Romanian clitics», *Contemporary Morphology* (eds. W. U. DRESSLER *et alii*) Berlin / New York, Mouton de Gruyter.
- P. H. MATTHEWS, 1974: *Morphology. An introduction to the theory of word-structure*, Cambridge, Cambridge University Press.
- P. H. MATTHEWS, 1981, *Syntax*, Cambridge, Cambridge University Press.
- H. PINKSTER, 1995.: *Sintaxis y semántica del latín*, Madrid, Ediciones Clásicas.
- A. L. SIHLER, 1995: *New Comparative Grammar of Greek and Latin*. Oxford, Oxford University Press.
- D. J. TAYLOR, 1974: *Declinatio. A Study of the Linguistic Theory of Marcus Terentius Varro*, Amsterdam, John Benjamins.
- L. TESNIÈRE, 1959: *Eléments de syntaxe structurale*. Paris, Klincksieck.
- J. UNTERMANN, 1992: «Wurzelnomina im Lateinischen», *Latein und Indogermanisch. Akten des Kolloquiums der Indogermanischen Gessellschaft, Salzburg, 23.-26. September 1986* (eds. O. PANAGL- T. KRISCH), Innsbruck, Indogermanische Gesellschaft.
- W. U. WURZEL, 1989: *Inflectional Morphology and Naturalness*. Dordrecht / Boston / London, Kluwert Academic Publishers.

DEBATE

C. CODOÑER

Se trata de una cuestión aparentemente simple, pero que a mí me parece complicada. Estoy completamente de acuerdo en la exposición que se ha hecho sobre la imposibilidad de separar léxico de sintaxis, pero ¿Qué posible repercusión puede tener esto sobre los tratados de gramática conjuntos?

A. RAMOS

Lo primero que se me ocurre es que los tratados de gramática conjuntos no suelen tener léxico, a no ser el *Catholicon*, aunque es verdad que en algunos gramáticos sí aparecen apéndices léxicos. Los apéndices léxicos allí parecen descolgados. Creo que existía una intuición en los hablantes latinos de que el léxico decía muchas cosas de sus relaciones. Tenemos incluso alguna muestra entre los gramáticos que ya ha ido por esa vía, es decir, no sólo hay *Apendices* como los de Probo, sino que una obra como la de Arusiano Mesio da a entender que en alguna medida los latinos veían la interrelación entre hechos de léxico y hechos de sintaxis. Lo normal son cuestiones de *differentiae* y de ajuste de ciertos malos usos. Pero si aparecen - y no sé si en el Medievo aparecen - por esa otra vía, creo que al fin y al cabo responden a esa cierta conciencia, no teórica, pero sí práctica, de que hay muchas cosas del léxico que dicen de las relaciones. Y me remito al texto de Arusiano, que no está bien datado, pero situable al menos en torno al siglo IV.

C. CODOÑER

Yo pensaba en una integración un tanto más teórica. Me refiero a que si cabe en lo posible dedicar dentro de los manuales o tratados generales una reflexión sobre el léxico tal como se hacen reflexiones sobre morfología o sintaxis. Es verdad que últimamente se suele hacer en los tratados de morfología o sintaxis, pero estas reflexiones no aparecen en las gramáticas «generales», por así decir. ¿En qué medida podría integrarse un apartado dedicado al léxico en este tipo de gramáticas?

A. RAMOS

He podido hojear muy brevemente la reciente *Gramática descriptiva del español* que lleva veinte días en el mercado y cuya primera edición ya está agotada, pero gramáticas generales cada día se van haciendo menos. Algunos de los libros que aparecen en la bibliografía, como la *Sintaxis* de Givón, que ya tiene quince años, no se dedica al léxico, pero dice muchísimo del léxico. Empieza teniendo un capítulo dedicado a las clases de palabras, dice lo que es un sustantivo, lo que es un adjetivo etc. y en eso remite información semántica clave que corresponde en el léxico proporcionar a los sus-

tantivos, a los adjetivos, a los verbos etc. Creo que se van abandonando las gramáticas estrictamente formales y los léxicos nada relacionales.

Yo creo que se podría integrar desde el punto de vista teórico y con una serie de ejemplos que lo muestren. Más no se puede integrar porque sería un diccionario también. Esto no ocuparía en las gramáticas más allá de un capítulo. Lo que pasa es que si no se ha hecho es sencillamente porque no hay tradición teórica ni práctica. Yo creo que sí debería hacerse.

J. ISO ECHEGOYEN

Simplemente una pequeña aclaración sobre algo que quizás no he entendido. En el esquema de Bybee, las unidades que pertenecen a la sintaxis y que aparecen como limitadas ¿Qué tipo de unidades son? ¿son los morfemas casuales, son funciones?

A. RAMOS

Hay unidades extremadamente inexistentes. Es decir, son unidades tan puramente relacionadas que son sintaxis pura. Me explico, son *sin-taxis* (= *con-locatio*), por ejemplo, el orden. Pero hay otras unidades de carácter menor que tienen absoluta independencia y que son nexos de un altísimo poder abstracto, puramente relacional y que no están incorporados en la morfología, por ejemplo, *ut*. Es una unidad sintáctica cuyo significado es difícilmente discernible desde posiciones meramente semánticas. Uno sólo las puede exponer de manera relacional, y el mismo orden es en cierto modo una unidad de carácter sin-táctico.

